

Las Prohibiciones

Carlos Domingo

Ustedes tienen el poder. Esto hace que mi defensa sea inútil. Sin embargo la Historia me juzgará imparcialmente. Yo quedaré como el benefactor de la patria y ustedes, que realizaron esta absurda revolución libertaria, moralista y anti-prohibicionista (!como si esto último no fuera un contrasentido!) verán como el país se irá a la ruina en pocas semanas. Todos recuerdan como recibí las riendas del gobierno: 25 % de desocupación, deuda externa de 60 mil millones, hambre, desaliento, tremendas desigualdades sociales, disturbios. "Nada puede hacerse" fue el veredicto de los economistas más famosos. Pero ahí se vio mi talento. Hice un primer decreto prohibiendo los jabones perfumados. Esto fue criticado. Hasta se dijo que arrojó a 2000 empleados a la desocupación, lo cual debe ser cierto. ¿Pero que ocurrió luego? La gente adquirió un interés inusitado por los jabones perfumados. Estos subieron de precio enormemente por ser clandestinos. Las gentes de las clases adineradas se reunían secretamente para bañarse y oler el jabón perfumado prohibido. Comenzaron a gastar su dinero en esto. Surgieron fábricas clandestinas en todo el país, que realizaban ganancias extraordinarias. Gentes de las clases más pobres entraron en la red ilegal de distribución. Aumentó su ingreso. Aumentó la demanda de artículos de primera necesidad. Se reactivó la agricultura. Pero era necesario hacer cumplir la ley. Se creó una policía especial (nuevos empleos para las clases humildes) pero ésta nunca era suficiente para reprimir el próspero y eficiente negocio ilegal. Además la corrupción penetró en la policía: parte de los jabones decomisados eran revendidos. Esto hacía que los puestos de policía fueran codiciados. Casi no se les pagaba salario. Muchos pagaban una suma al estado para poder ser policías lo cual alivió el gasto público. Los policías se enriquecían con ventas de jabones y sobornos de los fabricantes y distribuidores ilegales. El dinero así conseguido era invertido o gastado activando la economía. Y eso no fue todo. Los habitantes de los países vecinos se interesaron por los jabones prohibidos. Nosotros reaccionamos prohibiendo también la exportación. Esto originó un lucrativo contrabando. La moneda extranjera entraba clandestinamente al país para pagar los jabones exportados ilegalmente. Esto nos permitió, gracias a un sistema de bancos corruptos que legalizaban depósitos de esta moneda, disponer de divisas para comprar toda clase de equipos para nuestra floreciente industria. La persecución al contrabando creó nuevos empleos y pobló las zonas fronterizas.

Nuestro control era perfecto, en realidad la alta jerarquía policial conocía todas las fábricas clandestinas y el sistema de distribución. Si se elevaba mucho la producción y los precios tendían a bajar se daba un golpe al sistema, se iniciaba un operativo anti-jabón y los precios se restauraban.

Quizá el error fue querer activar demasiado la economía. Pero fue un error patriótico. Yo quería que todos fueran prósperos, activos y felices.

Prohibimos el chocolate y los cigarrillos basados en informes médicos competentes sinceros o sobornados. La prohibición levantó estas industrias desde tanto tiempo deprimidas. Luego vino la prohibición de los refrescos, la mantequilla, el aceite y no recuerdo cuantas cosas más, todas producidas en el país.

Y la prohibición no fue nuestro único recurso. El país importaba grandes cantidades de té, que aquí no puede producirse. Se consideraba distinguido tomar té. Esto llegó a comprometer la balanza comercial. Pero gracias a mi talentoso Ministro de Economía la cuestión se solucionó en pocos meses. Por un decreto se declaró obligatoria la toma de té en la administración pública, en los cuarteles, escuelas y aún se amenazó con imponerla en todos los hogares. La toma de té se hizo impopular. La gente desesperada sustituía el té clandestinamente por una hierba aromática de producción local (la cual fué prohibida y perseguida como falsificación ilegal del té importado). Esto acabó rápidamente con la importación de té a pesar de que se la estimuló y se la exoneró de impuestos de importación. La hierba aromática nacional entró en una floreciente producción ilegal y hasta comenzó a exportarse como contrabando.

Al extenderse esta política llegamos -y en esto es en parte exacta la apreciación de la oposición- a una situación en que "todo era prohibido u obligatorio". Pero lo que nadie puede negar es que la situación económica era próspera y las prohibiciones y obligaciones no podían hacerse efectivas a pesar de o tal vez debido a la enorme cantidad de empleados dedicados a esa tarea. Gracias a la corrupción nadie hacía lo obligatorio y todos realizaban alegremente las actividades prohibidas.

Quizá ese bienestar fue nuestra desgracia. Los políticos desplazados, que viven del malestar, la desigualdad, la miseria y el descontento del pueblo alzaron la bandera de la libertad. Una colección de moralistas, mojigatos, incapaces cuyo único mérito político es la incorruptibilidad y hasta alguna gente bien intencionada que nunca entendió como funcionaba nuestra economía encabezaron esta revolución que triunfó porque nadie la esperaba. Pero esta libertad no puede durar, ya que hay miles de desempleados: policías, funcionarios, productores de artículos antes prohibidos que ahora han bajado a precios irrisorios.

Pueden condenarme invocando una libertad obligatoria y una corrupción prohibida. Yo se que esto sólo puede estimular la corrupción y acabar con la libertad. Volveremos.